

EL TIEMPO

ILUSTRADO

1897

Z-3942

Z - 3942

(36.5 x 27.5 cm)
1350 g

~~Z-R-3554~~

Z-3942

AGENCIA ESPAÑOLA DE
COOPERACION INTERNACIONAL
17 NOV 2009
BIBLIOTECA HISPANICA
Hemeroteca



ANGUSTIAS.

NOVELA MEXICANA (Escrita para "El Tiempo.")

(CONTINUA.)

Reza mucho á la Virgen. Yo no ceso de pedirla que nos ilumine para salvarnos de nuestros enemigos y que nos consuele. He sufrido más que nunca. El cielo me quitó á mis padres, despues se fué mi segunda madre. Ahora me quita mi único consuelo y apoyo que eres tú. ¡Que se haga lo que Dios quiera! Pero como te quiero mucho, no quiero sino que salgas pronto. Ya despues veremos qué se hace.

Si es que yo tengo la culpa de todo lo que te sucede, perdóname tú que eres generoso. Yo no he querido hacerte ningun daño, por el contrario, te deseé todo bien aun á costa de mi propia tranquilidad.

Si pudiera hacer tu dicha con mi desventura, gustosa me sacrificaría; pero veo que los dos somos muy desdichados. ¿Qué mal les hemos hecho á los que nos persiguen? Les perdono, pero son muy malos, muy injustos.

Te mando esas violetas, á tí que tanto te gustan; llevan mis besos y mis lágrimas. Se han marchitado con mi llanto. Mi alma está siempre contigo, sufro lo que tú padeces; más aún, porque como te quiero mucho

más, naturalmente siento más. Si despues de tanto contratiempo me llegaras á olvidar, serías muy malo y yo me moriría. Tu Angustias no puede vivir sin amarte y sin que tú la ames de veras.

Recibe mi corazon lleno de pena, pero lleno tambien de sincero y ardiente amor. Tuya siempre: *Angustias*.

Posdata.—Contéstame luego y dime muchas cosas, muchas.—*Tuya*.

Ramon sintió inefable consuelo con la lectura de la carta.

No pudo ménos que conmovirse hasta derramar lágrimas indiscretas que procuró ocultar avergonzado. Herмосillo le habló de la virtuosa niña con respetuoso entusiasmo, ponderando su resignacion y su amor que era evidente.

De esto hablaban los dos amigos cuando llegó el Lic. Nares.

—El Sr. Zúñiga—dijo Herмосillo presentando al preso.

—Su servidor, señor—contestó Ramon.

—Ahora que veo á vd.—repuso el periodista—recuerdo que lo conocía desde ántes.

—No había tenido yo la honra de ser presentado á vd....

—Conque yo soy su defensor. Le agradezco la confianza.

—Al contrario, señor, yo soy el que agradezco la bondad de vd.

—Pues es preciso que nos pongamos de acuerdo. Vd. ha hecho muy mal en declararse culpable.

—Pero, señor, si el Juez es un majadero.

—Es un bandido, lo sé: pero precisamente por esto no debe vd. darle ocasion para que se cebe en vd.

—El caso era para mí comprometido. Entre mi condena ó la persecucion á un sér inocente, la eleccion no es dudosa.

—Sí, ya entiendo. Sé toda la historia. Ya ví á la señorita. Estoy al tanto de todos los pormenores. No crea vd. que de la Rosa sea tan necio que se atreva á acusar á su sobrina.

—¡Ah, señor, D. Miguel es capaz de todo!

—Ahora lo tengo yo cogido entre dos fuegos. El asunto Chester, de que vd. tendrá noticia, se le va poniendo muy feo. Donde el Juez de Distrito falle á favor de los indios dueños de



los terrenos, armamos una de Dios es Cristo.

—¿Cree vd. que me esté aquí mucho tiempo?

—¡Paciencia, paciencia! . . . ¿No lo han llamado del Juzgado?

—No señor, para nada despues de que me declararon bien preso. Yo no quiero apelar.

—No convenía, en efecto. ¡En el Tribunal está lo mero gordo de la administracion de Justicia! Si el Juez le pide ampliaciones sobre su declaracion, procure vd. ser muy prudente. Puede vd. decir que no está autorizado por la persona que le mandó empeñar las alhajas para decir su nombre. . . . ¿Es una tontería eh? . . . En fin con evasivas y con reticencias hable vd. Nos importa ganar tiempo, no más. Despues ¡ya verá, ya verá! . . . Convénzase de que su declaracion ha sido una imprudencia.

Un mozo se acercó á Ramon y le dijo que lo llamaban del archivo. Fué á esta oficina y el empleado le tomó sus generales, asegurando Zúñiga que jamás había estado en la cárcel. De ahí lo llevaron á la fotografía que estaba en el piso alto, en un cuarto sucio, que jamás han barrido. El *artista* no anda más aseado. La fotografía, es una mina para el contratista, á quien se le paga cada retrato á un precio exorbitante, pues á diez centavos docena serían caros. Y sucede que el contratista jamás se para en la oficina en la que tiene á un aficionado que trabaja de mala gana y con peor éxito. Ramon formó con rateros andrajosos y con asesinos vulgares, esperando su turno. Al fin, lo sentaron en un banco indecente y lo pusieron de frente, primero, y despues de perfil. Se usa ahí el procedimiento antidiluviano y las efigies salen horrosas.

En el gabinete antropométrico, á donde luego fué conducido Zúñiga, es otra cosa. El médico director lo trató con exquisita finura. Un empleado lo hizo descalzar absolutamente y luego el Doctor tomó las medidas de longitud, brazada, dorso, etc. Despues le desnudaron el brazo derecho y lo midieron. Por último, le midieron la oreja derecha, le clasificaron la nariz, y examinaron detalladamente el rostro y los ojos, no sin que ántes tomaran los diámetros del cráneo con aparatos especiales. Nuevamente preguntáronle sus generales.

En pasar todas esas humillaciones se fué la mañana. A medio día lo convidó á comer Pérez, el simpático *reporter*.

—Véngase vd., véngase—le decía—y tomará el aperitivo.

—¿Qué aperitivo?—preguntó Ramon.

—¡Ah! ¡Si yo sé mi negocio! . . . Ya me vió vd. con Nares ¿no? pues ahí, á las callandas me ha dado esta media botella de cognac.

—¡Pero si aquí no permiten ni pulque!

—Sí; pero se *ingenia* uno. . . ¡Hombre, y hace falta algo! . . . A ver: cierre la puerta; que no nos vean. No se fie vd. mucho, yo conozco bien esto. Aquí hay muchos soplones: hay una policia secreta y oficiosa que sigue los pasos del preso. Conque. . . vamos. . . tome vd.

Brindaron los dos jóvenes y despues comieron con buen apetito. No faltaron, por supuesto, ni el rico café ni los sabrosos puros. Estos eran regalo de un tendero á quien Fidencio había hecho un señalado servicio en un incidente con el Fiel Contraste.

Para Pérez la prision era una cosa cualquiera que maldito si lo afligía. Su buen humor, su carácter comunicativo y el ser solo en el mundo lo ponían á salvo de toda pena.

Bebió lo necesario para hablar demasiado. Tomó por su cuenta al juececillo que lo tenía en la cárcel y refirió á Ramon algunos rasgos biográficos del susodicho. Había sido éste un tinterillo, se recibió quién sabe cómo y para figurar en la administracion de Justicia no hizo más que formar una corona poética á la querida de un militar prominente, con lo que tuvo para alcanzar lo que deseaba.

Fidencio sabía mucho. Tenía el repertorio de la chismografía de la Redaccion. Conocía á los jueces todos y á los Agentes del Ministerio, con historietas y calumnias ó difamaciones. En pocas horas se había hecho de noticias curiosas, que ya tenía un *carnet*, para soltarlas al día siguiente en EL PORVENIR, siempre que el miedo del Director les diera pase á las cajas.

En la noche, la orquesta de la cárcel, formada por los músicos presos dió, en el salon de defensores, una de las audiencias de costumbre. Pérez, como periodista, gozaba de ciertas franquicias en el interior de la prision, con él no rezaban todas las prohibiciones que pesan sobre los otros encarcelados en distincion.

Así es que podía andar por todas partes y logró del buen Coronel que Zúñiga fuese á oír la música.

La noche era primorosa: tibia, tranquila, de cielo estrellado. Desde los largos corredores se podía contemplar la inmensidad de la bóveda oscura salpicada de luminaires potentes, y se oía el rumor sordo de la prision y se veía á los centinelas que desde sus puestos vigilaban constantemente. La orquesta es mucho mejor de lo que pudiera suponerse. Hay en ella verdaderos artistas á quienes la desventura propia ha hecho más inspirados. En las notas apasionadas sacian su melancolía y recogen su consuelo.

El wals *La Nuit*, de O. Mettra, se oye ahí como un canto de dolor, como un eco de armonía inefable. No despierta afectos mundanos, sino que conmueve. Parece á veces la música

un cruel sarcasmo en aquella mancion de dolores, pero al fin se oye como la queja del prisionero, como los ayes doloridos de algunos seres que se acuerdan del hogar lejano, de la madre buena, de la mujer amada, de todo aquello que se ha quedado en otro mundo donde quizás nadie piensa en la eterna angustia del hombre privado de libertad, lleno de desencantos, presa de la deshonra.

Ramon se entregó de nuevo á sus tristezas. Las notas delicadas sobreexcitaron su sentimiento y le hicieron derramar lágrimas, á él que había llorado muchas veces, á solas, sin más testigo que su conciencia, sin más censor que Dios que conoce perfectamente cuanto se esconde á la mirada del hombre y se anida en los repliegues del corazon. Pensaba en la Justicia Divina que no oye consigna ni admite influencias, y ante la cual deben comparecer en el día último lo mismo el potentado soberbio que el pobre calumniado, el juez venal y prevaricador que la víctima inocente, sin distincion de clases, sin categorías de posicion. Esta idea de la Justicia incorruptible llenaba el alma del joven infortunado de esperanzas halagüeñas.

A otro día era el de fiesta semanal para los presos de distincion, porque recibirían sus visitas. Los que cumplen con esa obra de misericordia comparten la pena del prisionero. Al traspasar aquella reja sienten pavor y se ruborizan. La madre ó la esposa quisieran con sus castos besos arrancar de la frente de sus amados algo de lo que causa sus dolencias, algo de lo que engendra su desdoro.

Fidencio, á quien no entristecía la música, sino que, por el contrario, le hacía gozar y le despertaba su aficion al baile, oyó con gusto la orquesta de Belen y prometió elogiarla debidamente en el periódico, cuando se publicaran sus impresiones de la cárcel en unos artículos que él de antemano creía dignos de Silvio Pellico.

A las nueve todos se fueron á sus departamentos. El *reporter* llevó á Ramon á que lo acompañara á tomar una copita para dormir bien y soñar mejor. Se despidieron ámbos y cada quien se quedó en su cuarto bien encerrado.

XIV

MANO derecha! . . . ¡mano derecha! . . . ¡Oh! . . . ¡Así no!—gritaba un joven almibarado, en el salon de la casa del Sr. de la Rosa, en medio de ocho parejas que bailaban *Lanceros*.

La estancia estaba muy bien iluminada, reinaba el júbilo por doquier. Se trataba, nada ménos, que de solemnizar el natalicio de Anita, la hija consentida, que ahora vestía un elegante traje de seda azul pálido con adornos finísimos, confeccion que á

distancia estaba diciendo que era de la casa de Madame Bayonne. No se había hecho gran fiesta, porque el Sr. D. Miguel estaba muy preocupado, desde hacía días, con motivo de sus altos quehaceres en la política y en la administracion; sólo se habían reunido las amistades íntimas. Llegada la noche, el piano cubrió el programa y los jóvenes y hasta las personas de edad madura se entregaron á las delicias, conversando en animados grupos.

En el salon el Sr. Lic. Jaimes se hallaba sentado junto á la Srta. Eugenia, la otra hija de D. Miguel, que vestía falda crema, de lana, y graciosa blusa rosa pálido. El abogado tlaxcalteca, recordando sus mocedades, galanteaba á la muchacha con afectada finura. Habíala dicho que era bella y que sus ojos, cual luceros iluminaban el cielo de la dicha. Eugenia tenía marcadas tendencias al romanticismo, sabía mirar con interesante melancolía y soñaba en heroínas de novelas ó de dramones. Jaimes habló tambien de arte y letras discurrendo como un académico, con presuncion y audacia, convencido de que la señorita no sabía de la misa la media. Y sin embargo, Jaimes tenía ahí fama de hombre muy ilustrado y de caballero de finísimo trato.

El Sr. Lic. Tellitud no gustaba del ruido y de la música, ni era su carácter, sério y juicioso, para andar entre parejas de bailarores entusiasmados. Las malas lenguas, que más de una vez hicieron hincapié en la imaculada honra del rejuvenecido viejo, no se habían atrevido á calumniarlo con la nota de asistente asídúo á francachelas. Por tratarse no más del Sr. de la Rosa había ido á tomar un refresco, un rato tan sólo, para demostrar su afecto al ministetial y, sobre todo, para no perder esa influencia, digera lo que dijera la implacable maledicencia. La viuda de marras, la cliente honorable, no se hallaba en aquella reunion.

El Sr. D. Homobono, modelo de condescendencia, se había tomado ya cuatro copas de cognac y media docena de pastelillos, en el comedor donde D. Miguel charlaba alegremente con aquel caballero prudente, nada fanático y demasiado bueno. Cada rato entraban y salían los jóvenes que tomaban copas y confituras ó las llevaban á ofrecer á las damas. Mas como la conversacion de los señores no era reservada, eso nada importaba. Llegaba hasta ahí el sonido del piano que repetía hasta el fastidio los temas de *Lanceros* y tambien se oían las risas y el entusiasmo de los alegres concurrentes.

—Muy bien, Sr. licenciado, muy bien!—dijo la Srta. D^a Cristina, que vestía rico traje color morado lila, tela de la cual se irían como seis va-

ras en sólo la chaqueta, pues la excelente matrona estaba cada día más robusta.—¡Muy bien, Sr. D. Homobono!

—Señora...—dijo Tellitud.

—Así me gusta: ahora siquiera se ha estado vd. un ratito. No que el día del santo de Miguel, nada.

—Vd. sabe, Cristinita, que soy hombre muy ocupado.....

—No, no; tal vez vd. no nos quiere como nosotros le queremos.

—No, señora ¡por Dios!... ¡Si estoy aquí tan contento!

—Tomaremos algo—interrumpió D. Miguel, sirviendo tres copas de cognac.

—Yo no!... yo no!... he tomado bastante—dijo Tellitud.

—Acompaña vd. á Cristina.

—En ese caso... Señora: á la salud de vd. y por que Dios Nuestro Señor conserve por muchos años la vida de ustedes y de sus lindas hijitas..

—Gracias, gracias—dijeron á un tiempo los papás, medio conmovidos.

—Tome vd. asiento, señora—añadió luego D. Homobono limpiándose con una *mascada* los bigotes entrecanos y dirigiendo, por arriba de las gafas, una mirada cuasi tierna á la robusta matrona.

—No más por estar un momento con vd.

—Se lo agradezco infinito.

—Siempre es consolador tener amigos tan buenos como vd. que lo acompañen en estos días, bien que ahora no ha habido fiesta como el año pasado.

—¡Ah, señora! vd. sabe que soy enemigo de frascas. Vengo por manifestar á vdes. mi aprecio.

—Así lo creemos Miguel y yo... ¡No siempre está uno de humor!... El pobre de Miguel tiene tanto que le preocupa, que ya no hallo qué hacer para distraerlo.

—Los negocios... sus atenciones.....

De la Rosa no desplegaba los labios.

—Si, señor—continuó la señora.—Yo quisiera que pudiera salir del Ministerio, pero no quiere el Sr. Presidente que se separe. ¡Como nos quiere tanto!

—Y el Sr. D. Miguel es un empleado muy útil á la administracion—agregó Tellitud con marcado propósito de adular á los anfitriones.

—Favor de vd., Sr. Licenciado,—dijo D. Miguel.—No hago más que cumplir con mi deber.

—Y esto lo va á matar—añadió D^a Cristina.

—Ya lo creo ¡es tan empeñoso!... ¡Si todos los empleados fueran como vd.!.—repuso Tellitud.

—Mire vd., si yo no tuviera tantos disgustos, serviría con más gusto á la nacion; pero vd. sabe que nadie da gusto á la gente.

—Siempre sucede eso.—Pero no

hay que preocuparse más que por la tranquilidad de la conciencia, de la que, estoy seguro, vd. no tiene un solo reproche.

—Efectivamente, Sr. D. Homobono....

—Las personas que estamos en cierta posicion social somos el blanco de las envidias—decía la señora.—Ya vd. ve qué cosas le dicen á Miguel.

Los ojos de D^a Cristina brillaron con fulgor siniestro. Tellitud no alcanzó á saber si era que el corazon de la señora estaba muy sensible y el llanto quería escaparse, ó en el fondo de aquella alma había un odio reconcentrado hacia los enemigos de D. Miguel.

El Sr. Tellitud comenzaba á sentir cosas extrañas, como que los oídos le zumbaban y como que se le empañaba la vista. Era natural que así le sucediera, pues no estaba acostumbrado á excesos y sólo, de cuando en cuando, en plena confianza, solía probar el *chorrera*, no por afecto á la bebida, sino por ayudar la digestion ó quizás por hacer más gratas las entrevistas con la cliente aquella que, dicho sea de paso, iba á la casa de Tellitud con demasiada frecuencia á consultar negocios y á hablar de litigios, aunque la gente, que es tan mala, interpretara todo de mala manera.

Estaba el viejo de muy buen humor y ya comenzaban á hormiguearle los pies sintiéndose capaz de recordar los tiempos aquellos en que, en la capital de su provincia, cuando era juez de paz y Presidente de una Conferencia, solía darse sus verdes en francachelas de confianza, inocentes y simpáticas. Pero era demasiado zorro para dejarse caer en un garlito. ¿Qué se hubiera dicho del insigne juriconsulto, del capitán denodado de la causa de Dios y Patria, del caballero sin tacha, del Lic. D. Homobono Tellitud, el amigo de clerecía alta y baja y de rojos y azules, verdes y amarillos; qué se hubiera dicho de él, si el licor indiscreto turba tan buena cabeza y llega á mover aquellos labios donde estaba como esperando su turno para salir el nombre de la viuda de marras?

Rehusó tomar más y dió toda la razon á D^a Cristina, quien no cesaba de lamentarse de las diatribas que la prensa usara contra el Sr. de la Rosa.

—Es verdad, señora—decía Tellitud.—Es verdad que este pícaro mundo está lleno de intrigas y de pecados. Aquí donde vd. me ve, yo tambien sufro con esas hablillas. No me traen en periódicos, porque, gracias á Dios, los conozco á todos y sé dónde les aprieta el zapato; pero la gente murmura, calumnia y difama. Yo me hago disimulado; si ando entre ellos, es para calmar los ánimos y meter paz.

A todo esto, el charlatan D. Miguel no parecía darse por entendido de

nada. Al fin dió rienda suelta á su verbosidad canallesca.

—Y ya que de chismes se trata— dijo como con angustia—bueno es aprovechar la presencia del Sr. Licenciado para ver qué me aconseja en el asunto de Zúñiga.

—¿Cuál Zúñiga?—preguntó Telli- tud.

—El de las alhajas.

—¡Ah! ¡vaya!... pues, nada, deje vd. que la Justicia obre como mejor convenga.

—Aquí lo malo está en la interven- cion de Nares... Este es un bribon. ¡Caramba!

—¡No tanto, amigo, no tanto! La gente de pluma es apasionada, ordi- nariamente. Creo que mi compañero Nares no es tan malo. Casi me com- prometería á sacarlo del PORVENIR y convertirlo á la buena causa. Ya vd. lo ha visto, Sr. D. Miguel, ando entre ellos precisamente para conciliar los ánimos. ¡Qué cosa tan fea son los apa- sionamientos, amigo!

—Pues yo—decía de la Rosa—hago cada cólera con las indirectas del mal- dito periódico y temo que el día mé- nos pensado me inventen un cuento para favorecer al títere ese, el novio de Angustias, y para saciar sus odios infundados contra mí. Yo no les he hecho nada. ¡Caramba!

(Continuará.)

CONTEMPLACIONES.

XII

Profundo, y trasparente, y tan oscuro como en el ojo humano es la pupila, muéstrase el Cielo, en que á millares lucen estrellas que recrean nuestra vista, é igual que por miriadas de millones, los moluscos fabrican una isla, en fuerza de agregar de sus calcáreas secreciones las mínimas partículas, las débiles vislumbres de los astros agregándose en cifra inconcebida, fabrican dentro el ETÉR tembloroso claridad que no es luz, y que nos guía de diestro á modo, si en el hondo arcano clavar osamos la mortal pupila.

Aquí y allí, compactas y apretadas y simulando manchas blanquecinas, sobre el oscuro fondo de la bóveda que en el espacio finge nuestra vista, lampos de luz parecen las estrellas, arrojadas con gracia peregrina, ó girones de gasa transparente, ó vias lácteas como el vulgo afirma.

Cerca del horizonte, á la vanguardia de aquella Corte sideral, cintila Vénus, la compañera de la Luna, luciendo su blancura alabastrina, y presagiando á los amantes cándidos amarga desventura ó suaves dichas.

Júpiter, más allá, muestra irritado su mirada nevrótica y rogiza... y fieles como siempre, y presurosos, vense acudir á la nocturna cita, las Osas, el Dragon, y Cirio, y Marte, y las siete simpáticas cabrillas.

En mi hamaca tendido, clavo absorto la mirada tenaz en lo infinito, y poco á poco, de la Tierra ingrata sin escuchar el habitual bullicio, nuevo Colon, al piélagos me lanzo

de aquellos astros que mirando admiro.

A medida que osado, más penetro al fondo impenetrable del abismo, como esos ojos que en la densa sombra saben mirar, así los ojos míos llegan á ver lo que jamás lograron, y desgarrando los etéreos limbos, no á tientas ya, ni en la penumbra, vaga mi pupila feliz por el vacío.....

En mar de luz indeficiente y clara, ¡con qué fruicion acrecentarse miro, hasta tomar las vastas proporciones de mundos, las que ha poco, mi mezquino entendimiento, apénas comparaba con las límpidas gotas de rocío.

Y trás de aquel monton de enormes mundos, con gran sorpresa, el cintilar percibo de otro enjambre de astros que lejanos, en otro cielo vierten otros brillos.....

Un paso más, y vuelven á tornarse las estrellas en moles de granito, y otro cielo de estrellas tachonado vuelve á encontrar mi sér estremecido.....

Y á cada vez que un límite supongo, y haber hallado un término imagino, la inmensidad, burlando mis antojos, términos multiplica á su albedrío.

¡No hay descansar!... ¡No hay límite en el (orbe!

Una palabra vana es el VACIO, y sólo existe para el hombre miope, que adapta nombres, con candor de niño, á todo cuanto abarca su ignorancia y á todo cuanto inventa su capricho.... Al lado de esas moles, ¿qué es la Tierra?... ¡Grano de anís perdido en lo infinito!

Allí do el hombre á descubrir no alcanza signos de vida, y en su orgullo, necio, su impotencia escudando, con arrojo, vacío declara estar el Universo, Madre Naturaleza, con derroche, mudos ha derramado en el desierto, cada mundo pobló con mano pródiga, y entre esos mundos, albergó en secreto miriadas de infusorios, que á la vista huyen del hombre, y dentro el mundo externo forman, como incrustado en el visible, otro mundo invisible, otro Universo.

Yo no sé cuánto tiempo duró el vértigo que en mi cerebro provocó la inmensa sublimidad de la Oeacion sin límites, aquella noche límpida y serena... Sólo sé que al entrar del nuevo día, cuando el gallo aleteando cacarea, como el galeote vuelve á la mazmorra trás corta libertad, y á su cadena vuelve á sentirse atado, de mi cuerpo con indecible sin igual pereza, volví á sentirme esclavo, y soñoliento, como aquel que de un sueño se despierta, volví á la realidad, considerando cuánta es del hombre la famosa ciencia, y cuánto más galano y halagueño el SEGURO MENTIR DE LAS ESTRE- (LLAS.

Tacubaya, Diciembre 2 de 1896.

JUAN N. CORDERO.

† (o) †

El caballero De Profundis.

CUENTO LUIS XV.

I

NO, no, dijo la doncella riéndose, no entrareis. No hay hoy mañana, tocado de recibo, sino tocado ligero | —Chiquilla, diez luises por un minuto de audiencia, dijo el marqués de Mondragon.

—Veinte, y un beso para tí si me de- jas entrar, agregó el duquesito de Lucioles.

Un dote y la mano de mi lacayo Jazmin si me abres la puerta, saltó el gor- do baron de Galimafre.

—¡Andando, andando! contesta la in-

corruptible Marinette..... la señora me llama!

Y sin más ni más da un portazo en la nariz á los tres quejumbrosos adoradores de la condesita. La verdad es que nada tie- ne de grato el dejar la corte, en el frío Di- ciembre, para seguir hasta Normandía, hasta sus tierras de Plumereuse, á una mu- jer que tiene el capricho de oír la misa de gallo en la capilla de su castillo; y todo para ser plantados á la puerta á la madru- gada, digo, la hora galante por excelencia. Lo que empeora aún más la situacion es que, siendo rivales los tres individuos, se aborrecen con toda el alma y no pueden sin embargo esquivarse, retenidos en el castillo por la presencia de la condesa y tambien por la nieve que hace impractica- bles los caminos para gente calzada de es- carpines.

A pesar de todo, Marinette volvió al lado de su señorita.

La condesa Rosita de Plumereuse es fresca como la rosa cuyo nombre lleva. En la flor de los diez y ocho; bella con la be- lleza que tiene y con lo que le reconocen; en fin, la más deliciosa rubita que os po- dais imaginar. Bien formada, distinguida, mórbida sin obesidad, sino lo muy preciso para tener en la barba un diminuto hoyue- lo, compréndese así el que arrastre en pos de sí todo el enjambre de cortejadores que quiera; por entónces, sin embargo, se cura ba muy poco de los tres gentiles hombres. Estaba embebecida en una historia.

—Quedamos, Marinette, en que el ca- ballero De Profundis, al ver hundirse su navío.....

—Navegaba en una mala chalupa con dos marineros, resto de su tripulacion. Du- rante cuarenta y ocho horas fué dando tumbos á merced del mar agitado. Redu- cianse sus provisiones á un poco de galle- ta y á un barrilete de habas que no podía utilizar por no tener hornillo para encen- der fuego. El capitán empezaba á cansar- se de la situacion cuando, en la mañana del tercer día apercibió un gran navío mercante con pabellon inglés que traía su direccion.

—He ahí, dijo, un barco que nos saca- rá de apuros. Si lo apresáramos!

Miráronle sus dos compañeros, pen- sando que se había vuelto loco; pero no, estaba en su cabal juicio. Enarbola la ban- dera francesa, amarra una cuerda al de- rredor del barrilete, y se va derecho al enemigo. Este le ve venir sin cuidado. Tres hombres no son de temer por cierto. El caballero atraca, pesca una escala, sube al puente, tira del barril de las habas y poniendo sobre su tapa la boca de una pis- tola, exclama con terrible acento:

—Si alguno chista, hago saltar el na- vío con este tonel de pólvora.

La tripulacion que iba á lanzarse so- bre él, se aparta aterrorizada y sus dos marineros perfectamente armados se apro- vechan de esto para reunírsele en el puen- te del navío enemigo. Con todo, el capitán inglés acude y quiere excitar á su gente; con la mano libre, coge el caballero otra pistola de la cintura y le levanta al inglés las sienas de un tiro.

—Que esto sirva de ejemplo, dice á los otros azorados.

El segundo de á bordo quiere asimis- mo animarlos al combate, pero nadie lo es- cucha. El caballero De Profundis lo hace agarrar por sus dos marineros y lo cuelga en el acto.

Y he aquí cómo se llevó á Burdeos una presa de millones hecha con dos cuartillos de habas,

—¡Qué hombre tan terrible! Marinette,

Pero de dónde le viene ese raro nombre de caballero De Profundis!

—De que todo hombre á quien amenaza es hombre muerto.

—¿Y dices que no parece mal?

—No sólo eso, sino que es muy hermoso, señora; aire noble, cara distinguida, y tan dulce con las mujeres, como peligroso para los enemigos del rey.

—¡Ay, Marinette, se me figura que si encontrara un hombre así, no podría menos que amarle.

Y mientras se viste, piensa la Condesa Rosita en que Mondragon, Lucioles y Galimafre no se parecen en nada á este ideal.

Les tiene á mal su obediencia y sumision á los menores caprichos. Los hombres que no saben querer no son hombres.

—No sería él, por cierto, el que se aguantaría así á mis puertas, pensaba sonriendo.

Sin duda que no tendría tal paciencia el caballero De Profundis, si conociera á la Condesa, y si solo un puñal de madera le separase de una deliciosa Rosita que aún no se ha escondido sus hombros en su traje de satin rosa.

II

Ha helado á partepeñas la noche de Navidad. La nieve de los días anteriores se ha endurecido sobre las copas de los árboles, sobre las del parque, y sobre los puntiagudos piñones del castillo de Plumereuse. Abajo, el estanque completamente helado, es un espejo de hielo azul pálido como el cielo. Un tenue rayo de sol discreto, hace espejear los *pendeloques de givre* que dan á las salinas el aspecto de girándulas.

Desde las ventanas de su camarín de maderamen, finamente esculpido, la Condesa echó una ojeada sobre la coqueta vestimenta invernal que la naturaleza se endosaba esa mañana. Vínole un loco anhelo de bajar á la nieve y contemplarse en el espejo del estanque. Pide en el acto su trineo, que tiene la forma de un cisne de alas tendidas y manda avisar á sus tres amartelados, y á su tío y tutor Gaspar de Plumereuse, que hay sesión de patinar.

Habla y la obedecen con placer, Mondragon y Lucioles y á regañadientes, el gordo Baron de Galimafre, que teme al ridículo, no prestándose su corpulencia para los ejercicios corporales.

Rosita está ya en el parque. Al mirarla rosada y blanca, en su pelliza de paño rosado, bordado de *cigne*, se la tomaría por una flor de nieve, por una Rosa de Navidad. Corre y á sus amartelados trabajos les cuesta el seguirla.

El trineo acojinado de algodón y paño, aguarda á la Condesita, que se instala en él mientras sus compañeros se calzan los patines.

Repentinamente Rosita lanza un grito de asombro. Saliendo de un bosque, y formando un cabo sobre el agua, acaba de aparecer un hombre sobre el estanque, y se adelanta hacia ella con la rapidez del relámpago.

Es alto, bien formado, con grandes ojos negros que ardientemente la miran. Su traje es todo de terciopelo negro.

Hay sin duda algo de sorprendente y casi sobrenatural, en la aparicion de este hombre todo negro, en medio de un paisaje todo blanco.

El desconocido patina con admirable elegancia. Aproximándose á la Condesa la saluda con toda la gracia de un cortesano, aunque sin pronunciar una palabra.

—¿Quién será este intruso?—preguntan los amartelados.

Rosita no dice nada. La mirada de ese hombre, esa mirada tan ardiente, tan

firme y tan respetuosa á la vez, la ha turbado. Mira, aguarda, y mientras aguarda, no puede menos que admirar la destreza del desconocido. Se ha alejado un poco, y evoluciona con rapidez y agilidad verdaderamente extraordinarias. Obedeciendo á una idea que ella no penetra aún, parece él dibujar sobre el hielo festones fantásticos. Mas parece que esos festones son letras. No cabe duda, lo son. El mudo personaje escribe con el ángulo de su patin, sobre el hielo del estanque, y pronto la Condesa y todos los espectadores, pudieron leer esta audaz declaracion:

—¡Rosita, os amo!

—¡Insolentel—exclama Mondragon.

Y sin poder dominar su cólera el marqués, calzado de sus patines, echa mano á la espada y se va al encuentro del desconocido. Este sonríe, desenvaina, saluda con la hoja á la condesa Rosita, y hace frente al adversario.

Entonces se verifica á la vista de Rosita una cosa extraña, inaudita: un duelo sobre la nieve, con las traiciones del suelo que falla, lo imprevisible del equilibrio instable, la dificultad de prolongar el contacto de las espadas despues del primer encuentro.

Mondragon es diestro. El desconocido tambien. Los adversarios se atacan, se buscan tenazmente. Sus aceros se han tocado ya tres veces. Antes de cruzarlos la cuarta, el desconocido le pregunta á su adversario:

—¿Renunciáis á la mano de la condesa?

—No, responde Mondragon.

Se enlazan las espadas, se oye el chis chas del acero, y Mondragon cae con el pecho atravesado.

Ya Lucioles se había lanzado á reemplazarlo.

—¿Renunciáis á la mano de la condesa?—pregunta tambien el desconocido.

—¡Nunca!—contesta el duque.

Un segundo despues el duque estaba tendido en la nieve.

Rosita lanza un grito.

—¡Basta!—dice con voz suplicante.

—Sí,—dice el baron de Galimafre, castañeteando los dientes,—sí, basta, basta sin duda alguna.

Y como el desconocido le clava una mirada terrible, el desgraciado financiero, á quien no han podido volver valiente, declara que renuncia á toda competencia. A esta declaracion que hace enrojecer de vergüenza á Rosita y á Gaspar de Plumereuse, un relámpago de cólera y desprecio brilla en los ojos del hombre negro.

—¡Mereceríais!...

Pero un gesto de Rosita lo detiene.

Entonces Gaspar se le dirige:

—Esto no puede quedar así, señor; y os ruego que vengais aquí, en tierra firme, á darme cuenta de vuestra audacia; ya que mi edad no me permite el ir á donde estáis.

—¡Tío, señor!—exclama Rosita suplicante.

—Nada temáis, señora,—dice el desconocido. La persona del señor conde de Plumereuse me es doblemente sagrada. Pertenece á vuestra familia, y las circunstancias han hecho que sea testigo de los desgraciados encuentros que acabáis de ver. Yo lo respeto y deseo que viva lo bastante para servirme tambien de testigo, el día que consintais en ser mi esposa.

—¡Yo! ¡vuestra esposa! ¿Cómo osais esperar?...

—Espero, porque a no.

Su voz era grave, al par que dulce y penetrante.

—Me causais horror.

—Hoy, tal vez, aun cuando haya tenido la fortuna de desembarazaros de un brutal como Mondragon, de un fátuo como Lucioles y de un indigno como Galimafre. Con todo, no pretendo obtener tan pronto vuestro consentimiento. Os doy hasta la Navidad del año entrante para pensar en mi demanda. Dentro de un año, día por día, vendré á pedir os la respuesta. Tan sólo os hago una súplica. Durante este año no deis vuestra palabra á ninguno.

Despues de un doble saludo á Rosita y á su tío, el desconocido se fué como vino y presto desapareció trás la cortina de árboles.

—¡Es el diablo!—murmuró Gaspar de Plumereuse.

Rosita no dijo nada.

III

No tardó esta historia sobrenatural, en ser conocida en Paris y en Versailles. ¿Cómo? Quizá el baron de Galimafre sintió necesidad de justificarse anticipadamente del reproche de cobardía, y refirió á su manera los hechos, al primer recien venido. Lo cierto es, que quedó acerca de la hermosa Rosita, una especie de leyenda de lo más terrorífica; un genio, un diablo, un personaje sobrenatural y misterioso, venido del cielo ó del infierno, celoso de esta hija de los hombres, se la disputaba espada en mano á todos sus adoradores.

Por unos cuantos que juzgaron prudente no aproximarse mucho á la condesita de Plumereuse, hubo cien caballeros, en cambio, que sintieron crecer su audacia en razon del peligro y su deseo de poseer un tesoro como Rosita, aumentó con la gloria que reportaría el triunfar de ese dragon. Así es, que cuando volvió de sus tierras, dos meses despues de la aventura y reapareció en la corte, algo pensativa, no hubo miradas, cortejos y madrigales sino para ella.

Del primer baile á que asistió y en el cual el rey mismo se dignó repararla y sonreírle, salió Rosita un tanto ébria de incienso y enteramente dominada por sus ideas de rebelion.

Porque durante los dos meses pasados en el castillo de Plumereuse, la condesita había experimentado alternativamente los más encontrados sentimientos.

No en vano, ni impunemente, una joven educada en la acariciada atmósfera de los salones, preservada del contacto de toda rudeza, hecha á preocuparse ante todo, del cuidado delicado de su belleza y de su tocado, se encuentra de repente lanzada en tan terrible aventura. Lo que ella había visto y oído era de naturaleza de hacer cavilar á su cabecita rubia. Así es que, despues de haber dignamente honrado y aun llorado un poco á sus dos pobres amartelados, muertos por ella, la condesita reflexionó durante dos meses en su situacion.

Acostumbrada á ver cumplidos sus deseos, aun ántes de formularlos, se hallaba por vez primera en presencia de una fuerza incontrastable, de una voluntad dominadora, cuya poderosa energia pudo medir desde un principio. El hombre negro, que tan bruscamente y tan triunfalmente había entrado en su vida, tomaba á sus ojos sobrehumanas proporciones. Era grande como la fatalidad y poderoso como ella. Todo el crédulo terror que los cuentos de su nodriza y las sombrías historias de Marinette habían dejado en el alma de Rosita, conspiraban contra ella, dándole al hombre negro el atractivo de sobrenatural. Embargaba sus sueños. Lo volvía á ver en la noche, con tal precision, que se preguntaba muchas veces si se trataba de un sueño ó de una realidad, si dormía ó si

estaba despierta. El desconocido había hecho en su imaginación una impresión profunda por su varonil belleza, por sus ojos tan dulces para ella, y tan avergonzadores para todos, por su destreza, su elegancia, por su doble victoria sobre sus rivales. No le guardaba rencor por su atrevida declaración, que era demasiado mujer para picarse porque la encontraban adorable y se lo dijeran. La misma audacia y originalidad de la declaración habla tan en favor del hombre de terciopelo. Rosita se sentía hecha heroína de novela, y á veces le sucedía el pensar que no carecía de dignidad eso de poner su manecita blanca en la mano de un caballero tan fiero y resuelto.

En aquellos instantes se comparaba á Psiquis arrebatada por el divino Eros, é incapaz de resistir á la omnipotencia del más encantador de los dioses.

Luego sucedían insurrecciones á este agradable abandono. Era como una ivernada que altera el mar tranquilo y desata la furia de las olas en un caos de espuma. La altivez de raza se indignaba en ella de una dominación que pretendía imponerse, de una voluntad que arrogaba derechos sobre su persona, que osaba marcarle una línea de conducta y disponer de su mano á despecho suyo.

—¡Comprendes, Marinette, tamaña pretension! Ese hombre, á quien no conozco, se cree ya mi dueño y me considera como á su bien, como á cosa suya! Porque sabe patinar y tirar la espada, ¡cree poder manejar como á una colegiala! Me prohíbe que ame á otro. ¡No! ¡no! no he de obedecer á ese loco; porque es fuerza ser un loco para impedir á una mujer el que se deje querer. Verás qué caso hago de sus recomendaciones. He de ser más coqueta que nunca.

En Plumereuse, estas rebelioncillas no duraban mucho. La vista del estanque, evocando siempre con fruición la escena de los duelos y la declaración daba al traste con ellas y traía á la condesita á sus terrores y sumisión, de nuevo. En el castillo, en el parque, en la iglesia, donde los amartelados reposaban bajo tómulos blasonados, todo hablaba á Rosita del desconocido y le aconsejaba obediencia. Por esto, sin darse cuenta de ello, se quedó la condesita dos meses largos en sus tierras, mientras que bailaban en Versalles.

Bruscamente, en un acceso de sublevación, partió de ellas.

Vue ta á su palacio de Paris, su primer pensamiento fué de terror;—y si apareció algo preocupada, en el primer baile de la corte á que asistió—es que había tornado á la desconfianza de sus fuerzas y al terror del señor negro.

Pero el incienso de las lisonjas la desvaneció, el aire de la corte no era, por otra parte, favorable al ausente. No era posible allí permanecer fiel á un amante á quien no se ve.

Por quince días la condesita fué la reina de todas las fiestas. Entre sus numerosos adoradores, se dignó fijarse en el marqués de Catissac.

Al otro día de un sarao en que Rosita había dedicado más atención que de costumbre á este jóven, Marinette, anticipándose al llamado de su ama, entró á su dormitorio á hora inusitada. La camarera, tan risueña de suyo, estaba desfavorida.

—¿Qué sucede, Marinette, y por qué me despiertas tan temprano?

—¡Ay! señora, ¡una gran desgracia!

—Habla, pues.

—El marqués de Catissac...

—¡Acaba!

—Ha sido muerto en desafío esta mañana.

—¿Por quién?

—Por un desconocido, señora, por un hombre vestido de terciopelo negro!

Rosita se desmayó. Cuando volvió en sí, su cólera estalló terrible.

—Será, dijo, una guerra á muerte terrible entre los dos. No, no cederé á tan odiosa persecución.

Lamaré en mi auxilio á los más fuertes y diestros y me entregaré como Andrómeda, al vencedor del monstruo. ¡Lo aborrezco! ¡lo aborrezco!

Y desde entonces redobló sus coquetías con los más bravos, dirigiendo sus miradas más dulces á los que se habían señalado en el ejército ó en los encuentros personales. No faltan en ese país de Francia. Y la condesita tuvo pronto dos guardias de corps visiblemente favorecidos: el coronel de Royal Champagne, vizconde de La Braséche, y con él, el baron Mancorps, famosos madrigalistas.

Ambos pagaron pronto con su vida las sonrisas de Rosita. Gran ruido se armó—en la corte y en la ciudad—cuando se supo que La Braséche y Mancorps habían sido muertos en duelo, la misma mañana, por un solo y mismo personaje, vestido todo de negro. El rey se alarmó. Los testigos enviados por él, declararon que todo había pasado conforme á las reglas y que se habían comprometido, bajo la fé de gentiles hombres, á no revelar el nombre del feliz adversario de sus amigos.

Aterrorizada de estas sangrientas pruebas, de la implacable voluntad que velaba sobre ella, y sintiendo el haber sacrificado tanto corazón valiente, Rosita se desterró voluntariamente.

Aparte de que el escándalo de estos duelos repetidos era grande y que hubiera sido mucha crueldad el dirigir á otros nobles sonrisas encantadoras y mortales, la condesita quería, además huir de una corte en la que se sentía siempre vigilada, espiada en sus menores acciones, escrutada hasta en su pensamiento por su invisible y prodigioso amante. No le era ya posible vivir así, en medio del mundo galante, bajo la ardiente mirada del hombre negro, á ella no quien podía ver, pero cuyo poder magnético ella experimentaba. Fué, pues, á enterrarse en Plumereuse resuelta á no ver á nadie.

No ver á nadie esto le parecía fácil. Creyó conseguirlo plantando en la puerta á todos los hidalguelos de las cercanías. Pero no había previsto que encerrándose en la soledad se condenaba á una perpétua entrevista con el recuerdo del Desconocido. Pronto notó que era imposible arrojar de sí esa obsesión. Si se paseaba en el parque, se estremecía al menor susuro de las hojas, creyendo siempre que iba á aparecersele. En los ojos de los personajes que bordaban los tapices de los salones, creía sorprender miradas que le recordaban el mirar de él. Durante semanas enteras, huía de aproximarse al estanque, lo que era trabajo perdido, pues en todas partes hallaba naderías que avivaban su obsesión. Los Plumereuse llevan, como es sabido, en campo azul, paloma asustada de plata. En términos de heráldica, paloma asustada es la que abre á medias sus alas para tender el vuelo. La condesita ya no podía ver su escudo sin encontrar en él la imagen de su situación. ¿No era ella esa paloma de plumas blancas, entreabriendo las alas para lanzarse en el azul libre del cielo, pero contenida en su arranque y como fascinada por la poderosa mirada de un águila negra.

Doloroso á veces el pensamiento del desconocido, se hacía dulce en otras. El brote de las lilas y de las rosas determinaba en Rosita anhelos de ternura.

Los corazones de diez y ocho años están en armonía demasiado íntima con la primavera para no enternecerse como la natura y florecer como las flores. Por momentos se daba á amar como una loca, por los mismos excesos de su temeridad, al que aborrecía la víspera.

Entonces le pedía á Marinette alguna de esas historias de corsarios de que la camarera diapense tanía tan repleta la memoria, sobre todo, las que trataban del caballero De Profundis. Y escuchándola, pensaba:

—El hombre de terciopelo es aún más atrevido y más fiero. Lo que hace para conquistarme es cien veces más admirable y maravilloso que todas las proezas de ese corsario.

Así se pasaba su vida entre amar y temer.

Sin embargo, transcurrieron los meses; Octubre vino, luego Noviembre. A medida que el plazo fijado por el hombre de terciopelo negro se acercaba, sentía Rosita redoblar sus terrores. Diciembre, trayendo la helada, y la nieve la trastornó.

Preguntóse en qué rincón del mundo se escondería para evitar la entrevista inminente y la vergüenza ó el pesar que sentiría si obedeciendo á uno de los movimientos que se dividían su alma dijera á su amante: "Os amo" ú "Os detesto." Ningun refugio le pareció seguro.

Perdiendo la cabeza, la paloma de Plumereuse se decidió, súbito, á ponerse bajo la protección de la reina.

Llegó á la corte la víspera de Navidad y fué recibida como niña mimada por la triste y bondadosa María Leczinská, que la tuvo á su lado en su oratorio y le prometió no recibir á nadie en todo el día siguiente.

¿Quién conocerá el corazón de la mujer? Apenas se vió Rosita libre de sus temores por la real palabra, cuando el amor recobró imperio en su corazón y casi sintió el haber escogido un asilo tan inviolable.

Sin duda que si el hombre de terciopelo negro se le hubiera aparecido en esos momentos, no habría podido decirle: "Os detesto."

Pero era demasiado seguro para Rosita el que no la persiguieran hasta cerca de la reina.

La mañana transcurrió, pues, sin incidentes y lo mismo parte de la tarde.

Serían las cuatro cuando el rey se hizo anunciar.

—Condesa, dijo la reina, os he dado mi palabra. Debo, pues, preguntaros si la prohibición reza también con la persona de mi señor y dueño.

—Majestad, sería muy feliz presentando mis respetos á nuestro rey.

El rey entró

Rosita estuvo á pique de desmayarse, tan viva fué su emoción. El rey no estaba solo.

Un gentil hombre lo acompañaba vestido de terciopelo negro, y en él reconoció á quien deseaba y huía á la vez.

Con todo, el rey presentaba al desconocido á la reina. De las reales palabras Rosita sólo escuchó una parte; tanto le zumbaban los oídos y le latía la sangre en las sienes.

—Un héroe! decía Luis XV, un capitán que vale él solo toda una flota, el caballero De Profundis! El más bravo y más galante caballero de Francia y Navarra, ¿no es cierto, condesa de Plumereuse?

Rosita palidecía y se encendía alternativamente.

El rey, que conocía toda la historia, continuó:

—El caballero, á quien he hecho marqués, viene exactamente á la hora fijada á

esperar vuestra respuesta que séra favorable, lo esperamos; porque no puede menos vuestra boca que dar un "sí", un "sí" que me permitirá alegrar con una rosa natural, las armas algo sombrías de tan galante hombre.

Y aludiendo á tantos duelos en los que Rosita había sido la causa, héroe el caballero y tantos otros las victimas.

—Ea, marquesa, salvad á la nobleza de Francia.

—Sire, respondió Rosita, lo hago, pues, lo hago... con todo mi corazón.

SAINT-JUIRS

—O—O—

POESIAS LIRICAS

DE

JOSE MARIA ROA BARCENA

Miembro correspondiente de la Real Academia Española.

(CONTINÚA.)

DOLORAS HUMORISTICAS.

I

El duelo.

Dinero, paz y mujer
Un perillan roba á Juan;
Mas, decente el perillan,
Quiere á Juan satisfacer.
De caballeros á fuer,
Se baten, y en la funcion,
Trás perder hembra y arcon,
Sale el marido hecho rajás:
Ejemplo de las ventajas
De tomar satisfaccion.

II

El culto de la idea.

En materia de cultos no vedados
Ni del Positivismo en su marea,
Canoa y San Hipólito cuajados
Se ven de humanos seres, consagrados
Al Culto de la Idea.

III

El medio ambiente.

Si, á falta de terríficos estragos,
Su fetidez difunden nuestros lagos,
«Malo es el medio ambiente»
Exclama algun filósofo reciente;
Y un patán á la antigua, entre asco y tedio
Oyéndole, corrige displicente:
"No es medio ambiente, sino ambiente y me-
[dio.]"

IV

La evolucion posible.

Tema fué del estudio de Germana
Que al ir en la mañana
Por calle principal, corteza lisa
De algun plátano macho incauta pisa.
Y dando sin deseo ni donaire,
Al suelo la nariz, los pies al aire,
La solucion que persiguió su anhelo
Y buscaba en el aire, halló en el suelo.

V

El momento histórico.

Que para no faltar á la etiqueta,
Si á guardar antesalas le sujeta,
Cuentan—y no con visos de patraña—
Que á cierto embajador francés recibe,
Pretextando catarro,
En su trono de barro,
En su cámara misma un rey de España.
Y éste,—dice un retórico—
No hay que dudar que fué Momento Histórico.

EL O GARRO.

Con tu ayuda eficaz domino, abrumo
Ira ó dolor, la inspiracion persigo:
Y, desvalido y viejo ya, contigo
De prócer y de mozo audaz presumo
Considero en los hombres yerro sumo
Su imágen ver en tí como testigo
De que es sólo ceniza el bien amigo,
De que toda esperanza noble es humo.
Yo en tí contemplo, en semejanza iguales,

Lo pasajero de la vida humana
Y la del alma fiel suerte futura;

Fues que cuando eres ya ceniza vana,
Te sobrevive el humo, en espirales
Libre ascendiendo á la serena altura.

1889.

(Continuará.)

¡EL TREN!

(CUENTO DE AÑO NUEVO...)

SIEMPRE he creído que mientras nos ocupábamos todos de una porcion de personas que componen el *todo*-Madrid, el *todo*-Paris, el *todo*-Berlin ó el *todo*-Viena, existen en el mundo millares de desconocidos, cuya vida y hechos serian interesantísimos si se contaran.

Pero esos serés modestos pasan desapercibidos, arollados por los políticos, oradores, poetas, cómicos, toreros, horizontales, diplomáticos, anarquistas, ricos, ladrones, bailarinas, músicos y danzantes.

El siglo que viene reconocerá que la prensa del nuestro es patrimonio exclusivo de la gente superficial. Acaso dentro de cuarenta años no merezca los honores del reclamo sino el que haya hecho algo por el bien de la humanidad ó el que la haya servido sin hacerlo por interés propio y para que hablen de él y le celebren y le inciensien... .

Así le decía yo la otra tarde á un amigo mio, maquinista de un tren, hombre instruido y de todo elogio, porque en vez de esperar de *cesante* á que vengan los suyos en vagancia pretenisosa, se ha dedicado á gobernar locomotoras y á llevar de un punto á otro familias, intereses, afecciones, riquezas... ¡qué interesante estudio para el observador! ¿Pero hay acaso observadores en nuestro bajo mundo? Cantamos el sol, las aves, las flores, la luna, las estrellas, el arroyo y el mundo ideal de los poetas. No cantamos la vida del vapor y de la traicion, ni lo que importa é interesa... .

Mi amigo me daba á conocer «secretos de la vía.» Cosas que pasan entre dos estaciones ó entre ciento, amarguras sordas de los explotados, abusos de los explotadores, desdichas del fogonero, batallas del maquinista, inconsciencia del viajero, tragedias de la máquina... .

—¿Si usted supiera qué año nuevo pasamos el fogonero y yo hace cinco años!

—¿Triste?

—¡Horroroso! Usted no sabe que nosotros *matamos* sin querer, somos cómplices del suicidio, vemos caer al prójimo á nuestros pies sin poderle salvar la vida... ¿Usted no sabe que este silbido, con el que anunciamos á veces la salida del tren ó la llegada á la estacion, es á veces grito de angustia que nopuede ser comparable á la voz humana, porque es mil veces más hondo, más desesperado, más angustioso que todos los ayes y lamentos que exhala el corazón del hombre? Ustedes los que no viven en estos dos palmos de terreno, entre la caldera hirviente y el carbon que nos devora la vida, no saben nada de los grandes dramas que pasan inapercibidos... .

Y á mí, que me interesa como nada en el mundo todo lo que al tren se refiere, me tenía suspendido de sus labios el maquinista con la relacion que ya esperaba yo impaciente.

—Véngase usted á Irún conmigo, y sobre el terreno le iré contando una de esas escenas espantosas que no se han visto nunca en el teatro... .

Y silbó, y partió la máquina, y mientras el fogonero echaba carbon y veíamos

desaparecer á derecha é izquierda casa caseríos, montañas, campanarios, ríos yuntas de bueyes y guardesas y rebaños *todo*, él, arreglando su maquinaria y y agarrado á un barrote con el temor de que nunca se ha visto en esa direccion general de la vida humana y viendo detrás los vagones llenos de viajeros, cuya vida era nuestra, comenzó á hablar con la misma tranquilidad con que hablaría en su casa, al amor del fuego.

—Pues veníamos en esta misma direccion de Vitoria á Hendaya, y era el día 31 de Diciembre. Por las estacion es se veían familias alegres, que subían ó bajaban, yendo y viniendo á cada localidad á pasar el primero del año con los suyos. Yo iba tan contento, pelando una manzana, y el tren á todo vapor, que es la gloria de Dios cuando uno se ve en plena vía. No tenga usted nunca cuidado en medio del campo, aunque vea usted que vamos volando... guarde usted el miedo para toda entrada en agujas; ¡allí está el peligro!

En una estacioncilla salió una mujer á saludar á otra que venía en un tren de tercera, cerca de la máquina.

—¿Vas á Irún?

—Allá voy.

—Pues allá verás á mi hija y á su marido y á la niña.

—¿Van en este tren?

—No; van á pie por la vía.

—¡Por la vía!

Al oír esto tuve el presentimiento de una desgracia. La mujer continuó diciendo:

—Van por la vía, dando un paseo. De Irún saldrá la otra abuela, la madre de mi yerno, á encontrarlos y dar un beso á la chiquitina antes que nadie. Ya verás qué muñeca tan bonita lleva la chiquitina. Tres duros nos ha costado en Madrid. Pues hija, la he cogido y se la he puesto al pecho como una hija, y así va camino arriba con su padre y su madre. ¿No sabes que á mi yerno le dan la licencia absoluta dentro de ocho días? ¡Ya serán felices gracias á Dios! Mi hija va de ama de llaves á casa de una familia rica; mi yerno, así que deje de ser carabinero, tiene su colocacion de portero en la Aduana; conque la niña ya no se morirá de hambre. Y á más, ¡nos han caído cincuenta duros á la lotería!

—¡Buen principio de año! —dijo la viajera.

—¡Como ninguno, hija mía, como ninguno!

En aquel momento sonó el silbato del jefe de la estacion, yo respondí con el mio, como ahora que vamos á entrar en el túnel... . tenga usted cuidado, á la salida continuaré... .

Sonó el pito y entramos como el rayo por aquella boca oscura, y pasamos minuto y medio envueltos en la sombra, y tragando humo y haciendo un ruido infernal, viendo no más el reguero de brasas que íbamos dejando por tierra... Reapareció la luz; ¡aaaaah! ¡parece que se nace al volver á salir al aire!

—Esa gente que va á Irún por la vía —le dije á mi fogonero—debe conocer el país y la vía misma, porque si no, verá usted qué catástrofe... .

Iba yo diciendo esto por cerca de Ginchurisoqueta á donde vamos á llegar ahora. Ya estamos. Un instante no más, porque aquí no nos detenemos nada... Adelante!

Y seguimos, y el maquinista continuó:

—Mi corazón no me había engañado. Yo no podía ni parar el tren, ni andar más despacio, Y aunque lo hubiera hecho, faltando á mi deber y al reglamento, el sitio en que íbamos á encontrar al feliz matri-

monio no tiene defensa. . . . ¡Allí estaban! Los ví de muy léjos, de muy léjos, en un espacio donde, aun saliendo de los rails, no hay ni un palmo de terreno disponible para guarecerse. . . . y no es eso lo peor, sino que en direccion contraria, es decir, frente á ellos y frente á mí, venían los abuelos, los otros abuelos, el padre y la madre del carabinero cuyo uniforme divisaba yo ya á medida que la máquina volaba. Y silbó una vez, y dos, y treinta, y les ví volverse hacia la locomotora y luego mirar con ojos de espanto al monstruo que se acercaba, y que silbaba desesperadamente. . . . No oímos el fogonero y yo más que estas dos palabras, repetidas con el mayor acento de espanto, primero por los viejos, despues por los jóvenes:

—¡El tren!
—¡¡El treceen!!!

Y allá va mi locomotora y los pasa por cima á todos revueltos. . . . no, ustedes no pueden imaginar, ni nadie, lo que es esto de matar así, porque la casualidad lo manda, porque le toca á uno ser instrumento involuntario de la fatalidad. . . .

—¿Horrible momento, verdad? Sentirían ustedes crujir los huesos de aquellos infelices bajo la rueda. . . .

—Es nuestra única compensacion. No sentimos nada! Y si ahora ocurriese el caso, que Dios no lo quiera, verá usted que el tren pasa por cima del cuerpo humano, lo mismo que por encima de una hoja de papel. . . . absolutamente lo mismo. . . . Allá á lo léjos, detrás de nosotros, vimos una masa de cuerpos, algunos de los cuales parecían removerse. . . . ¡Oh, pero aquí en la máquina no se puede uno entre tener en mirar atrás! Estábamos ya en Irún, entrábamos en agujas, ¿usted no sabe que el momento de entrar en agujas tiene para nosotros una solemnidad muda é instantánea, que sólo pasando por ella puede apreciarse? El fogonero saltó del ténder; aun ántes de que el tren se detuviera, avisó, gritó, pintó en esas frases que improvisa el terror y que son más elocuentes que todos los discursos, lo que había sucedido diez minutos ántes; salió gente, guardias civiles, la poblacion entera. . . . Yo tuve que quedarme allí en mi máquina para seguir hasta Hendaya. . . .

—¡El deber!

—¡El terrible deber! La *via*, que no espera á nadie ni á nada. . . .

Al día siguiente acudí á la casa donde vivía pocas horas ántes feliz la familia desaparecida, muerta, como quien dice, á mis inocentes manos.

—¿Habían muerto todos?

—Encontré allí parientes lejanos, vestidos de luto; vecinas que lloraban, mientras que la ciudad, vestida de día de fiesta; recorria alegremente las calles. Y en medio de un grupo de gente afligida, y en el regazo de una amiga de la casa. . . . ¡la niña!

—¿Salvada?

—¡Fué la única! La madre; con la niña en brazos, había cubierto con su cuerpo á la infeliz criatura, que á su vez apretaba contra su corazon la muñeca, el regalo de la abuela. . . . Y allí estaba, ignorante de lo ocurrido, viento indiferente el llanto ajeno, y apretando siempre la muñeca, á la que daba palmaditas en la espalda para dormir. . . . A lo ménos aquel año nuevo no lo empecé tan mal ni con tan mal agüero como yo suponía: ¡el ángel de Dios estaba salvado!

EUSEBIO BLASCO.

Métete en pleitos, Andrés,
y si tienes dos millones
quedarás debiendo tres,

empeñados los calzones,
y lo que venga despues.

(7)

LA NOCHE DE AÑO NUEVO.

DE UN DESGRACIADO.

DE JUAN PABLO FEDERICICO RICHTER.

(Traduccion directa del aleman)

ERA la media noche del último día del año.

Un anciano dirigía ansiosas miradas desde su ventana, ya al cielo siempre inmóvil y esplendoroso, ya á la nevada y silenciosa tierra, donde nadie velaba más tristemente que él.

Su tumba estaba ya entreabierta, no la cubrían las flores de la juventud sino la nieve de la vejez.

No llevaba á ella una vida provechosa, lo que llevaba eran errores, pecados y enfermedades, un cuerpo aniquilado, un alma desolada, un pecho lleno de veneno, una senectud llena de remordimientos.

Representábase fantásticamente los hermosos días de su juventud, aparecíale la risueña mañana en que su padre le colocó en la encrucijada de la vida: á la derecha conducía la eclíptica de la virtud á un extenso y sosegado país, habitado por ángeles y lleno de luz y de flores; á la izquierda se descendía por diversos caminos á la madriguera de los vicios, negra caverna que destila veneno y donde silbadoras serpientes se revuelven entre negro y asfixiante humo.

Serpientes ¡ay! también se enroscaban á su pecho y la gota de veneno caía sobre su lengua.

Entónces supo dónde estaba.

Ya casi sin sentido y con indecible pena, clamó al cielo; "clamo de nuevo la juventud! colócame ¡oh, padre mío! de nuevo en la encrucijada de la vida y yo de nuevo elegiré

Pero su padre y su madre estaban muy léjos de allí.

Vió levantarse sobre pantanos fuegos fátuos que iban á extinguirse en el cementerio, y dijo: ¡esos son mis días insensatos!

Vió correr por el cielo una estrella, brillar un momento ántes de su caída y desaparecer en la tierra, y dijo su exangüe corazon: ese soy yo.

Y los dientes de la serpiente del remordimiento ahondaban su herida cada vez más.

Imaginábase en su calenturienta fantasía ir andando á media noche á tientas por los tejados y que los remolinos del huracan amenazaban deshacerle entre sus brazos.

Un espectro que se había quedado rezagado en las desiertas casas de la muerte fué transformándose y tomando nuevamente sus diversas formas.

Entónces, en medio de su doloroso espasmo, oye de repente el armonioso repique de la alta torre, que como lejano cántico de iglesia anunciaba el año nuevo.

Dirige sus miradas al horizonte y á la extensa tierra y piensa en sus amigos de la juventud que ahora serán más felices y mejores que él, ¡ejemplo para el mundo, padres de dichosas hijas, varones bendecidos!

Y digo ¡ah! yo también, si hubiera que rido, hubiese podido, como vosotras, pasar esta noche con alegres ensueños.

Yo también hubiera podido ser feliz queridos padres, si hubiera cumplido vuestros votos de año nuevo; si hubiera seguido vuestros consejos.

Al recuerdo febril de su adolescencia siguióse ver cómo la fantasma, que había

tomado sus facciones, se dirige al cementerio.

Y segun la supersticiosa tradicion de que en la noche de año nuevo aparecen espíritu y porvenir, vióse por último transformado en un rozagante mancebo que, como el hermoso jóven del Capitolio, se sacaba una espina.

Entónces la contemplacion de su florida juventud sirvióle de amargo pasatiempo.

No vió nada más; cerró los ojos; de ellos se deslizaron torrentes de ardientes lágrimas que se apagaron en la nieve.

Y exclamó débilmente entre gemidos: «Juventud, ven de nuevo, juventud»

Y la juventud vino, porque él tan sólo había tenido una espantosa pesadilla.

El era jóven todavía.

Lo único que no había sido sueño eran sus errores.

Dió gracias á Dios porque él era aún jóven en la fangosa senda de los vicios; podría volver todavía al camino que lleva al país donde las frutas se cosechan.

Vuelve tú también como él, jóven lector, si te encuentras en la misma senda equivocada.

Sírvate de norte este terrible ensueño, porque si tú alguna vez exclamases: "juventud, hermosa juventud, ven de nuevo", tu juventud no volvería más.

JOSÉ DE CASTRO Y DE CASTRO.

DOLORER.

(FRAGMENTO DEL PRELUDIO.)

Yo te bañé con mi llanto,
Yo te abrí la obscura caja,
Y, dominando mi espanto,
Yo te vestí la mortaja:

Blanca toca y negro manto.

Tu cuerpo cubrí de flores,
Y te ceñí por corona

(¡Postrer dón de mis amores!)

El velo de tu patrona,
La Virgen de los Dolores.

Despues en mi fiebre, amante

Junto á tí me arrodillé,

Y convulso y delirante

Sobre tu yerto semblante

La cabeza recliné;

Y, abismado en el dolor

Seis horas pasé mortales

Hablándote de mi amor

Al tremulo resplandor

De los cirios funerales.

El sentido al fin perdí

Y sin que yo lo advirtiera

Alguien me arrancó de allí:

¡Muriera yo junto á tí

Primero que en mí volviera!

Desde aquel amargo día

Vivo en triste soledad;

Y en esta lenta agonía

La mitad del alma mía

Llora por la otra mitad.

Federico Baralt.

LA VUELTA DE LA GUERRA.

¡El clarín se oye sonar!

¡Flores y coronas caen! . . .

— Son nuestros bravos que traen la paz, la dicha al hogar.

¡Todas las almas se excitan

al ver á nuestros hermanos,

y se unen todas las manos,

y todos los labios gritan:

¡La paz! No hay más que una idea

que nobles pechos inflama

y alegre el pueblo la aclama,

¡s la paz! Bendita sea!

Mas con angustia cruel

una madre en su amargura

vertiendo llanto, murmura:

¡Todos vuelven ménos él!

Teodoro Guerrero.